

# Epílogo

Juan Ezequiel Rogna

Siempre se trató de nuestras posibilidades e imposibilidades. Desde el proyecto liberal-conservador que moldeó esta Argentina del Cono Sur, este país semicolonial (“semicolonial” sería una categoría perimida solo si las condiciones objetivas se hubiesen revertido), la negación de nuestras masas populares tradujo en otro plano la negación de la soberanía y del pensamiento propios. Las élites decimonónicas instalaron pares dicotómicos (civilización/barbarie, individuo/multitud, letrados/iletrados, culto/popular) para postular, en última instancia, la necesidad de eliminar a una otredad irreductible según los parámetros de cierta racionalidad pragmatista de corte europeo-occidental. Sin embargo, las multitudes ululantes nunca dejaron de hacer bulto en esta parte del mundo y presionar sobre instituciones malamente abroqueladas hasta emerger a la palestra política con los llamados “populismos latinoamericanos”. En esta Argentina del Cono Sur, el populismo adquirió distintos nombres: radicalismo primero, peronismo después y kirchnerismo en los albores del siglo XXI. Frente al modelo de Estado que prescindía del elemento popular para replegarse en la cáscara formal del imaginario republicano, la matriz *nacional, popular y democrática* inaugurada por el gobierno de Yrigoyen vino a concebir al pueblo como el sujeto colectivo que da fundamento y es, a la vez, destinatario del Estado-nación soberano.

Más allá de las eventuales denominaciones, “la razón populista” presenta un denominador común: no se encarna solamente, como

argumentaba Ernesto Laclau, en la sinécdoque (una parcialidad *-plebs-* que se asume como la totalidad *-populus-*) sino también en el oxímoron, es decir, en la confluencia entre pares opuestos; y para que tal conciliación pueda efectivizarse, los paradigmas culturales representados por el *individuo* y la *multitud* deben confluir. Dicho de otro modo, si el peronismo fue “el hecho maldito del país burgués” y el kirchnerismo lo ha sido (¿lo sigue siendo?) respecto del país neoliberal, no se debió al hecho de que Perón haya “combatido al capital” o Kirchner haya erradicado los mecanismos de especulación financiera, sino a que ambos sostuvieron un proyecto de país asentado en la generación de lazos libidinales entre sectores sociales históricamente desencontrados. A la vez, si recordamos la apuesta filosófico-antropológica de Rodolfo Kusch, podemos agregar que ese rechazo de los *civilizados* sujetos urbanos respecto de la *bárbara otredad popular* es una traducción política del rechazo a la propia dimensión afectiva. Cuando Kusch constató que no solo la presencia física de esa otredad popular se obstinaba en permanecer, sino también el vector afectivo dentro de la constitución subjetiva de los sujetos *civilizados*, propuso que para “ganar la salud” (equilibrio psíquico de sujeto social) y “simular naciones” (equilibrio político de la comunidad) era necesario conciliar ambos vectores; lo cual resultaba, ni más ni menos, un arreglo epistemológico que pretendía correr en provechoso paralelo con la conciliación de clases propuesta por el justicialismo.

Al abrir esa posibilidad de reconocer a la otredad y converger con ella para alcanzar la emancipación colectiva, los populismos latinoamericanos resultaron tan denigrados como los sujetos populares que lograron visibilizarse a través de su particular lógica de construcción política. Sucede que los populismos habilitan relaciones entre las palabras y las cosas que los artífices del *statu quo* no están dispuestos siquiera a escuchar, motivo por el cual los guardianes de un sistema estructuralmente injusto reducen a los gobiernos

populistas a ser meras puestas en escena cuyo único objetivo es manipular las pasiones colectivas, ocultar los actos de corrupción y perpetuar a sus líderes demagógicos en el poder. Sería desatinado, sin embargo, esperar una reacción menos virulenta de su parte, dado que al echar luz sobre el otro lado de lo dicho, los populismos latinoamericanos son percibidos como la inversión de una subalternización primera. Esto es lo que pone de manifiesto, precisamente, el conocido relato de Borges y Bioy Casares que inaugura la larga y compleja relación entre literatura y peronismo: los subalternizados allí son los individuos *civilizados-cultos-letrados* que no solo no participan, sino que son las víctimas de una sanguinaria “fiesta” presidida por el “Monstruo” que acapara la palabra.

Un universo mítico como el argentino, polarizado desde sus orígenes, no podría comprenderse si no se contempla el revés de toda trama. En esto nuestra literatura siempre tuvo mucho que decir, sugerir y callar, dado que todo relato se construye en el vaivén entre lo explícito y lo implícito, entre lo concebible y lo inimaginable. Asimismo, en la literatura argentina pueden hallarse, tal como señalaba Ricardo Piglia al referirse a Rodolfo Walsh y su inoxidable *Operación Masacre*, las huellas del relato popular: contrarrumores que se deslizan por el lado oscuro del discurso oficial para contrapuntear con sus verdades manipuladas. Lo dicho, por supuesto, vale también para literaturas nacionales como la boliviana y la peruana, portadoras a su vez de otras formas de hablar de lo que es posible.

Sin desligarnos del rigor académico, los autores de este libro hemos querido adoptar una actitud ensayística al definir y abordar estos temas, que siempre son problemas. Entendemos que tal actitud permite arrimar el oído a los textos para dejarlos hablar y percibir sus voces, rumores y silencios. De ensayos, por otro lado, está constituida buena parte de nuestro corpus de trabajo. Esto quizás se deba a que el ensayo es una modalidad discursiva que, por su dinamismo intrínseco, justamente porque *ensaya* preguntas y respuestas, puede

corresponderse de mejor manera con ese exceso de vida que emana del pueblo. Aunque como herramienta de auscultación de un universo mítico bifurcado, el ensayo permita tanto tender puentes como dinamitarlos, los trabajos contenidos en este libro, partiendo de la kuscheana asunción de una “popularidad interior” que habita en sus autores, intentaron tenderse hacia el otro lado de lo dicho.

Porque siempre hay un otro lado de lo dicho en esta Argentina semicolonial del Cono Sur, hoy timoneada por un proyecto político que encuentra su magma original en la oligarquía terrateniente y su modelo agroexportador (“oligarquía” sería otra categoría perimida solo si las condiciones objetivas hubiesen cambiado). Abrevando en el lenguaje de autoayuda o en el *coaching* ontológico, este proyecto ha sabido actualizar su predominio por sobre la matriz populista; pero a pesar de este remozamiento discursivo, sus preceptos meritocráticos continúan asentándose en la ruptura del lazo libidinal y las cadenas de afecto y solidaridad bajo este rezo implícito: el individuo puede realizarse en una comunidad que no se realiza. De momento, su hegemonía política parece cuasi monolítica. *Eppur si muove...*